

El ser se hizo palabra

Por Chistopher Morquecho

YEL SER SE HIZO...

Las mismas manos con las que fueron hechas las fibras de oro de la razón son las mismas, que al sumergirse en lo oscuro del cuerpo, se embelecieron mientras palpitaba el corazón; porque con las manos de la razón también se hizo el corazón de las tinieblas, el corazón del hombre ansioso, la mano que hizo el ser y la angustia de no ser. La ausencia, el vacío, se presentan cuando en medio del ser, se abre la posibilidad de abrazar la totalidad; sin embargo ésta queda suelta y como un polvo suave que se sostiene entre el vértigo, quedando al borde de la nada; el único lugar donde el ser es, donde existe anonadado.

El hombre se presenta como el ente, un ente, que en su extravío, se entrega con pasión a la ciencia, para elevarse a la exactitud, donde de un modo lógico encontrará la referencia más precisa del mundo. Lo que explica, que la búsqueda que hace la ciencia, apela a la fundamentación del porqué y el modo de ser de las cosas; de este modo, se busca al “ente mismo”, para ubicar primeramente al objeto de estudio, sobre el cual se desarrollará el modo de conocer, y por tanto



contestar la pregunta que refiere a la fundamentación del ente, para así acercarse a lo esencial de la cosa.

El primer paso a la búsqueda otorga el primer principio sobre el cual se moverá el hombre. Este principio brota, irrumpe desde la pasión misma, que como esencia, impulsa al ente al hacer; iniciando con la pregunta ¿qué es? y ¿cómo es?. Aquí se presenta el descubrimiento de ente, como una sustancia que se sabe, que irrumpe sobre sí misma y por tanto se recobra; dejando al descubierto la respuesta de ¿qué es? y ¿cómo es?, ya que tal respuesta, va adherida a su irrupción misma; es decir al descubrimiento de sí mismo y a su recobrarse. Pero, ¿cómo aparece el ente? ¿Qué condiciones propicia su creación? ¿Cómo es que el hombre inmerso en sí mismo queda extraviado en la exterioridad en que se vislumbra el ser? ¿Qué es lo que nos impide, aun cuando estamos inmersos en medio del ser? ¿Cuál es la dirección de la ciencia y la metafísica? ¿Cuál es el sentido de estas disciplinas tan serias y humanas, cuando al instante en que se encuentra el fundamento de lo esencial, éste pareciera que se disuelve en la nada? El hombre juega una búsqueda donde la palabra propicia lo absurdo de las reglas, pues es en la palabra, como el impulso de la búsqueda, que se vuelve sobre lo oscuro y lo confuso.

Tan imposible se vuelve la búsqueda, que el iniciarla prendido de lenguaje, sentencia el fracaso inminente de aquel que oscila entre la palabra y el silencio. El ser se presenta investido por la palabra, y entonces queda acogido en una idea petrificada condenada a la quietud, a lo insoportable, de un ser que enconchado en la idea, se posa sobre el pensamiento y sepulta el movimiento creador de los hombres, donde la locura y el camino del delirio nos acoge en un terreno más real.

En la locura y el delirio la nada surge cuando al agotarse nuestras posibilidades racionales, nos inclinamos a la desnudez, a liberar la imagen, que en su más extensa pureza, aparece siempre con el peso de lo material; y es ahí



donde la nada se presenta ante el hombre con un rostro real, que ante la desnudez parece acogedor. La nada aparece ante el pensar como una lápida infranqueable de la que en absoluto nada se sabe. Es la nada la que circunda y limita el movimiento del pensar del mundo. Entonces, ¿es en la nada, donde habita la respuesta a la completitud del ser? ¿Pero no resulta paradójico que indagar por la nada nos lleve ante el ser? De tal interrogante, nuestro filósofo Heidegger, nos señala lo siguiente: “¿Dónde buscar la nada? ¿Cómo encontrarla? Para poder encontrar algo, ¿no es preciso saber que está ahí? Efectivamente casi siempre ocurre que el hombre no puede buscar algo, si no sabe por anticipado que está ahí lo que busca.

Pero en nuestro caso, lo buscado es la nada. ¿Habría en último término un buscar sin esa anticipación, un buscar al que es inherente un puro encontrar?” El hombre sabe que lo que busca está en lo profundo del vacío, en las oscuras tinieblas de la pregunta, ahí donde iniciando el camino, todo pareciera dejar de ser. Tal vez sea esa la tragedia humana, saber por anticipado que lo que buscamos se halla en medio de la nada, a mitad del vacío y del vértigo, frente a la zozobra de un ser que se tensa sobre un vacío imposible de abarcar. En la búsqueda de la omnitudo del ente, tropezamos con la nada, pues, primeramente el ente nos es dado, extendiéndonos, proyectándonos hasta sucumbir con la duda misma de lo que somos. ¡Oh, absurdo!, ¡oh, paradoja! El ser aparece al filo de la pregunta, que pareciera ser no llevada a ninguna respuesta, el hombre es y no es, el tiempo le indica su posición finita y lo lanza hacia sí mismo donde descubre que él es una respuesta clara que emanó de una pregunta oscura.

El hombre es la respuesta que en su locura preguntó con desbordante presunción, con un pesimismo que le negó el paso hacia sí mismo y a la vez que lo condenó a su propio porvenir, donde todo intento está destinado al fracaso, a una ingenuidad fundada en un romanticismo suicida, a mitad



del camino obscuro, surgiendo de las tinieblas zozobrantés, se hace, brota, aparece como un fantasma que con la luz de la linterna ilumina las formas y se abre paso entre la oscuridad con un ímpetu donde la pasión del hombre queda embelesada hasta sucumbir ante la luz real del aparecido.

Así, el hombre descarnado, queda colocado sobre un péndulo que oscila entre el ser y la nada. Primero es el ser, y no la nada en que se sostiene existiendo. Los conceptos negativos son derivados de los conceptos positivos, así el concepto del ser no puede provenir de la nada, es del ser donde se origina la nada; así como de la luz se deriva la oscuridad. Esta pasión que impulsa al hombre de ciencia y al metafísico busca un terreno firme, un punto de apoyo; busca, si es válida la metáfora, un rostro, algo sustancial, una voz de la que surjan todos los nombres, un rostro único al que sean semejantes todos los rostros.

El hombre impide saciar la búsqueda, y ésta sólo llega cuando el tan anhelado ser nos impide el habla, pues mientras por el concepto como un anzuelo lo sujetamos, éste sutura nuestras bocas y mutila nuestros pies y manos, quedando como un puñado de carne que arrojado a su propia razón clama con vehemencia ¡compasión! Mientras en la ceguera de sus ojos, el ser se pasea bailando sobre la tabla vieja de los conceptos, a la vez que canta una bella melodía que versa sobre la condena del hombre.

La nada aparece frente al hombre, como una negociación de la omnitud del ser, pero ¿cómo podría el hombre negar al ser, cuando por su condición finita, le es imposible abarcar la omnitud del ser? Tener la idea del ser y luego pensarlo no significa saber al ser, puesto que éste se presenta en la vida cotidiana del hombre. Entonces, sólo podemos negar al ser, en la misma proporción figurada que de éste hacemos, lo cual, no puede excluir, lo que fuera del pensamiento se hace patente, es decir, la vida común, donde el dolor y la alegría nos relacionan o nos alejan de los hombres.



La nada auténtica, el vacío que el hombre experimenta, es más real y evidente en la existencia, el hombre lo vela como una angustia latente, ubicándose en el grado inferior de la libertad, donde la indiferencia es presa de la ignorancia, mas se extravía en un bosque obscuro. El ser, la nada, se presentan como una experiencia radical, que se desborda sobre lo que limita el pensamiento. El existir, el estar, son los sucesos totales del hombre, en los cuales la totalidad o el vacío son para cada hombre un vistazo al ser y al modo en que éste se oculta en la espesa neblina de la nada.

Por tanto, la vida diaria del hombre expresa la totalidad de la auténtica existencia, no descubierta por el pensamiento, que la presenta como una idea; el hombre la descubre, porque está inmerso en ella misma, porque como un ente, se extiende —paradójicamente— a mitad del ser, pero con la imposibilidad de abarcarlo en su totalidad. Heidegger, se refiere al temple del ánimo, como el agente actuante de la totalidad del ente.

El verdadero aburrimiento, presenta las cosas y los hombres de tal manera que, ante este estado anímico, la existencia se torna indiferente en su totalidad, y es aquí también donde el ente se hace manifiesto en su totalidad. Sin embargo en esta revelación del ente y en semejante temple de ánimo, la nada, que el hombre busca queda oculta por el suceso descubridor del ente, y sería absurdo que por la negación del ser, la nada aparezca.

Pero ¿por qué el hombre habría de buscar la nada, cuando éste, al existir, ya está atravesado por ella? ¿Por qué el guerrero habrá de buscar que el hombre le atraviesa la espalda, cuando el encontrarlo no detendría su dolorosa muerte? El hombre va en busca de la nada, como aquel que atravesado por la espada, la sumerge hasta lo profundo del pecho. El hombre no abandona al ente para desplazarse a la nada, no lo hace, porque sencillamente, en la imposibilidad de abarcar la omnitudo del ser, la angustia se presenta prendida a tal imposibilidad, es la angustia el filo que divide la condición del hombre. Heidegger señala:



“La angustia de ...es siempre angustia por... pero no por esto o lo otro. Sin embargo, esta indeterminación de aquello de qué y por qué nos angustiamos no es una mera ausencia de determinación, sino la imposibilidad esencial de ser determinado”. Que el hombre se angustie, dice Heidegger, “hace patente la nada”, la angustia, entonces, indica la imposibilidad del ser determinado del hombre, la cruda existencia, en que, el hombre por su condición, le está cerrada la posibilidad total del ser.

Dice Heidegger: “La angustia nos vela palabras” lo mismo sucede cuando inmersos en la plenitud se nos revela el ser ¿de dónde se puede agarrar al hombre, cuando la conmoción de existir, le indica el fracaso mismo de abarcar el ser? La angustia mutila las palabras y arroja al hombre al extravío de una búsqueda, en la cual queda suspendida, en conmoción total, sobre el vértigo.

No es la angustia la que genera la nada; la angustia no crea la nada, ésta sale al paso, pues la vacuidad que experimenta el ente en medio de la totalidad, incita, se ve impulsada a la irrupción, a la entrevista con la nada. Y la palabra lo deshizo. Y de la palabra brotó el mundo y el mundo se hizo palabra y la palabra hizo salir de la tierra del mundo una idea de hombre, y entonces la palabra creó un concepto de carne... luego la idea ascendió del mundo y se hizo real en el aire de las alturas, es entonces cuando el hombre recién creado, quedó sólo con la compañía de la palabra, que como una compañera fiel y amorosa le ofrecía el ser, y de su belleza brotaba el mundo.

Sin embargo el hombre nunca se percató de que su fiel compañía estaba hecha de una belleza ficticia y de una creación delirante; su belleza y su sensualidad se tornaron monstruosas, sus manos ficticias se hicieron garras reales mientras desgarraban el cuerpo del hombre.

Así la palabra se tornó el peor de los enemigos del hombre el enemigo más fiel e inseparable, el que con gran arte



construyó una casa de humo que sin cimientos se precipitaba sobre un vacío mientras el quejido del hombre azotaba como un pedazo de carne contra su propia humanidad. Entonces el hombre ha sido más vacío, y se ha extraviado, vistiéndose de un temor que proyecta en la idílica creación de la palabra y vaga sobre un mundo parte real parte vacío, parte idea, y más aún para un hombre que es mitad carne y mitad palabra.

El mundo entonces parecía un árido desierto cuando era teñido de un crepúsculo silencioso, pero luego, ante la angustia de la aridez del hombre que vagaba, brotaba la palabra y brotaba el mundo y se hacían las cosas y las cosas atraían la idea y de la idea manaban los hombres de las cosas mientras que las cosas se hacían la palabra se pronunciaba el hombre. Pero aún así, el hombre prescindió de los sentidos y descubrió que la realidad fluía como éter hacia la profundidad en que habitaba la palabra... y la casa de la palabra fue el hombre y el hombre tuvo como casa a la palabra.

Y así fue que el hombre le fue quitado el corazón y con éste se creó su peor enemigo, el hombre de incesante corazón, el humano del mundo, del amor y la pasión, el hombre sin nombre y sin palabra.

La palabra, la náusea de un ser eufórico que crea y se somete al encierro de su ser, el tétrico imperio de la palabra, nada despreciables son sus placeres, ahí todo es posible incluso la eternidad de nuestro ser, pero de un ser ficticio que se hace humo con el quejido del hombre, ¡maravilloso imperio! Ahí donde el hombre es esa idea de sí, es el fracaso y la muerte de lo irreal, el principio de la locura y el delirio; el ser enconchado en la palabra, mutiló al hombre, detuvo la fuerza creadora, relegó a los hombres al suicidio de pensar, a la muerte de un ideal absurdo.

¿Qué ha sido el hombre, que con el conocimiento se señorea elevándose del fondo de la pregunta qué somos, cuando al



instante la verdad brota apenas como un haz de luz que nos deja ciegos? ¿Qué ha sido de nuestro olfato, de nuestra vista, de nuestro tacto, y más aún de la palabra que nos nombra, si ya no reconocemos lo falso de lo verdadero? ¿Y cómo la palabra ha arremetido brutalmente contra nosotros siendo la pintura del mundo que habla, como hemos traído a nosotros al mundo por la palabra, y a la vez el hombre que somos se aleja como una pintura muda y “la verdad como un error necesario”? ¡Ah! ¡Hombre extraño! Realidad distante, será la razón quien haga de la verdad un artificio para vivir. ¡Oh!, ciencia maravillosa, espejo de la realidad, el hombre se mira para mirarte, impregnándote de sus anhelos, de sus dolores y recibiendo de ti la angustia de tu misterio.

¿Y qué otra forma existe para acceder al mundo, si no es por la palabra? Pero qué es la palabra que nombra al mundo sino algo vacío, algo que nombra lo in nombrado, que envuelve la experiencia vital en una madeja difícil de ordenar, ahí están los grandes castillos de la palabra sagrada, gloriosos, evocando cantos sublimes para un hombre que vive en las absolutas tinieblas, es esa la palabra que salva al hombre del laberinto, como Ariadna salva al Minotauro. Es la palabra el último clavo que queda al final de la escalera de ascenso, pero habría que abrir los ojos y cerrar las palabras para no percatarnos que ese clavo no es punto de apoyo para subir, sino el que se entierra en la palabra de la mano y nos condena a su poder. No cabe duda que el hombre nombra las cosas y por su bien ha concluido que el nombre es la cosa, que el lenguaje es una concha que encierra la verdad, pero también es sabido que lo que somos, que la angustia y el dolor, que la pasión del amor, que el vértigo y la duda, que la muerte y la alegría son tan extraños y tan reales, que ni la ciencia más exacta los podría explicar.

He aquí algo más que un hombre, que una palabra, es este el hombre que se oculta tras el lenguaje, el que teje con el concepto un Dios extraviado, y un universo extraño. El hombre es un ser deseoso de sí mismo, deseoso del placer



que marca su cuerpo y lo condena al asco de sí, al temor efímero de sí mismo; es un ser indefenso ante el deseo que lo consume, un ser bastante ciego para la belleza, pero de vista aguda para el artificio, es un ser desnudo entre lo incierto de una duda que corta el velo que sofoca, es un frío que tiembla en el eclipse de la verdad, un crepúsculo agotado que ilumina débilmente el ocaso de sus ídolos.

De este hombre surgió la palabra fatal, la sentencia que carga sobre su espalda, la lápida que sepulta el misterio del amor, donde la risa podrida vierte su ácido sobre el silencio.

